

En cuanto se hizo de noche,

voló hasta el abedul
y se posó en una rama
para dormir.
Y antes de que
comenzara el nuevo día,
ya estaba de nuevo en su tejado
y gorjeaba.
Pero no le salía
muy bien.
Todavía hacía
demasiado frío y,
¿quién puede cantar
y tiritar a la vez?

«Todo llegará»,
pensó Mario.



El verano pasado, otro había sido su cantar.
No se había dado ni un respiro
hasta pulir sus melodías
y mejorarlas con algún adorno.
Prestó especial atención
a lo que cantaban los demás
y se aprendió de memoria
lo que más le gustaba.
Porque,
si tenía que ver con la música,
Mario era incansable.
Así fue
cómo llegó a dominar,
con tal maestría,
el arte del canto;
nadie lo superaba.





Se podría pensar que
a todo el mundo
le gustaba escucharlo.
Pues no,
eso es un error.
Porque los otros mirlos,
además de saber mucho de música,
también entendían el significado
de sus trinos.
Por muy bien que Mario cantara,
siempre decía lo mismo:
—¡Buenos días!
¡Aquí estoy!
¡Vete de mi jardín!



Y cuando el sol se ocultaba,
silbaba:

—¡Buenas noches!
¡Aquí estoy!
¡Vete de mi jardín!

Por eso,
desde otro tejado
o desde otro árbol,
a lo lejos,
le respondían:
—¡Buenos días!
¡Aquí estoy!
¡Vete tú de mi jardín!

Y cuando el sol se ocultaba:
—¡Buenas noches!
¡Aquí estoy!
¡Vete tú de mi jardín!

Pero así había sido el año pasado.

